

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

ROBERTO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO, EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DIEGO JIMENEZ-PRIETO

música del maestro

RAFAEL CABAS GALVAN



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1894

ROBERTO

JUQUETE COMICO-LIRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

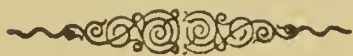
ORIGINAL DE

DIEGO JIMÉNEZ - PRIETO

música del maestro

RAFAEL CABAS GALVÁN

Estrenado con éxito extraordinario en el TEATRO CERVANTES de Sevilla,
la noche del 13 de Enero de 1894.



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

2628

MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

PERSONAJES

ACTORES

ROBERTO	SRA.	JULIA SEGOVIA.
DOÑA LUISA.....	»	CONCHA CECILIO.
MARÍA.....	SRTA.	AMALIA SANZ.
RITA	»	VALENTINA MANTILLA.
ANTERO	DON	JOSÉ TALAVERA.

Las indicaciones del lado del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA NOTABILÍSIMA ARTISTA

JULIA SEGOVIA

Querida *comadre*. Si mi *Roberto* ha llegado á ser un
hombrecito, lo debe únicamente al peregrino ingenio de
su *madrina*.

Mi niño, no es ingrato, y por eso, apenas ha *echado á*
andar, ha corrido á ponerse á los pies de usted.

Vea en *esta visita* una prueba del agradecimiento que
le profeso, y se verán colmados los deseos de su afectísi-
mo *compadre* que

L. B. L. P.,

Diego Jiménez-Prieto.

ACTO ÚNICO

Comedor de una casa elegante. Mesa al centro: en el foro izquierda, un aparador. Tres puertas laterales y una al fondo. A la derecha, en segundo término, balcón. Doña Luisa y María están acabando de almorzar. Rita, sirviendo la mesa.

ESCENA PRIMERA

DOÑA LUISA, MARÍA y RITA

- LUISA. Tu engaño, te ha de costar más de un disgusto, María.
¡No volverás á engañar de esa manera á tu tía!
Por fortuna, esa niñada ya sé yo cómo se evita.
- RITA. (¡Pues no está muy sofocada!)
- MARIA. ¡No me riñas más, tía!
- LUISA. ¿Que no te riña? ¡Tú sabes lo que has hecho?
- MARIA. Sí, señora.
- RITA. No han sido cosas tan graves.
- LUISA. (A Rita.) ¡Cállese usted, habladora!
- MARIA. Hice muy mal, lo confieso.
- LUISA. ¡Pues claro que hicistes mal!
¡Tener un novio!
- MARIA. ¿Y qué es eso?

- RITA. La cosa más natural.
- LUISA. ¡Rita!
- RITA. Ya callo.
- LUISA. (A María.) ¡A tu edad
andar en esos belenes!
¡Eso está mal!
- MARIA. Es verdad;
pero...
- LUISA. ¿Qué proyectos tienes?
- MARIA. ¿Qué proyectos? Por ahora,
querer á mi primo mucho.
- LUISA. ¿Conque mucho?
- MARIA. Sí, señora.
Después... casarme.
- LUISA. ¡Qué escucho!
¿Casarte tú? ¡qué bobada!
¿Y con tu primo? ¡Da risa
el pensar en tal niñada!
- MARIA. ¡No me riñas, tiita Luisa!
Yo no digo que al instante
nos casemos.
- RITA. (¡Qué obediente!)
- MARIA. Pero... en fin... más adelante...
cuando creas conveniente.
(Con mimo.) Mi primo es un hombrecito
que ya va siendo formal,
y ha de hacer un maridito
muy mimoso y muy leal.
Yo le querré... con anhelo,
él me amará... como ahora,
y esta casa será un cielo
si calma nuestra tutora
nuestro amoroso interés;
pues casándonos los dos,
podemos vivir los tres
en paz y en gracia de Dios.
- LUISA. Con tus palabras mimosas
me lograrás convencer.
- RITA. (Si siguen así las cosas,
no tengo nada que hacer.)
(Coge algunos platos de la mesa, y hace mutis por
el foro.)

- MARIA. ¿De veras, tutora amada?
LUISA. Mas creo que la mujer
no nació para casada.
MARIA. Pues, mira, tía, es creer.
Si te empeñas en decir...
LUISA. Te veo muy decidida,
y te quisiera advertir
los peligros de esa vida.
El hombre es un sér traidor,
inconstante y altanero,
que tan solo siente amor,
cuando sabe que hay dinero.
MARIA. Vaya, tía, tú exageras
hablando así de la boda.
LUISA. Pues el quedarse solteras
se está poniendo de moda.
Por eso yo no he de oír
á los que caigan amantes
á mis pies. Hay que seguir
las costumbres elegantes.
MARIA. (Con malicia.) Pero como yo no soy
una esclava de la moda,
sólo por eso, no voy
á renunciar á mi boda.
Como tú comprenderás,
nosotros dos nos queremos...
LUISA. Sí; pero yo...
MARIA. Accederás,
¿no es verdad, tía?
LUISA. Veremos.

ESCENA II

DICHAS; RITA, por el foro.

- RITA. ¡Señora!...
LUISA. Pasa adelante.
RITA. Un inspector del colegio,
en donde está de pupilo
el señorito Roberto,
pregunta si está visible
la señora.

- LUISA. ¡Ya lo creo!
 ¿Qué traerá? ¿qué habrá ocurrido?
 dile que pase.
- RITA. Al momento. (Mutis.)
- MARIA. Conque, ¿confío en que tú
 me harás feliz?
- LUISA. Ya veremos.
- MARIA. ¡Qué buena eres!
- LUISA. Muy buena,
 porque accedo á tu deseo.
- MARIA. No, de ninguna manera.
- LUISA. Sí, sí; si ya te comprendo.
 Vaya, vete, que va á entrar
 ese señor.
- MARIA. Dame un beso,
 y me marchó.
- LUISA. ¡Mimosilla! (La besa.)
- MARIA. ¡Adiós, tiita! (Mutis por la derecha.)
- LUISA. ¡Hasta luego!

ESCENA III

DOÑA LUISA; ANTERO (1), por el foro.

- ANTERO. ¿Se puede entrar?
- LUISA. Adelante.
- ANTERO. ¡Señora!...
- LUISA. Tome usted asiento.
- ANTERO. Muchas gracias. Yo venía...
 Soy inspector del colegio...
- LUISA. En donde está mi sobrino.
 ¿Qué le pasa? ¿no está bueno?
- ANTERO. De salud, se encuentra bien;
 pero...
- LUISA. ¿Tenemos un pero?
 ¿Ha hecho alguna de las tuyas?
 Ese chico es tan travieso...
- ANTERO. Señora, yo bien quisiera
 explicarle en un momento

(1) Viste de levita raída y sombrero de copa algo estropeado. Tipo extrafalarario, llegando á la caricatura, pero sin exageración.

lo ocurrido. Mas me pasa
que casi siempre que encuentro
á una dama, como usted,
hermosa... buena...

LUISA. (¡Qué atento!)

ANTERO. Me turbo.

LUISA. Pues no se turbe.

ANTERO. Bien quisiera; mas no puedo
remediarlo. Pues decía,
que el director del colegio,
me ha encargado que le diga
que, puesto que el niño ha hecho
el grado, si usted no tiene
inconveniente por ello,
podría venirse aquí,
porque, allí... ¿qué hace?

LUISA. Es muy cierto.

Nada hace allí; mejor dicho,
algo hará, pero no bueno.
Diga usted, ¿es algo grave?

ANTERO. Grave... no, señora.

LUISA. Temo
que así sea. Cuando usted
no me lo dice...

ANTERO. No acierto
á explicarme... pues... no doy
con los apropiados términos
para...

LUISA. ¡Me está usted alarmando!
¡De una vez, diga qué ha hecho!

ANTERO. Pues, señora, usted dispense
si con mis frases ofendo
sus oídos. Es el caso,
que su sobrino Roberto,
al salir del comedor
con sus demás compañeros,
tropezó con la criada;
y sin temor ni respeto
á nadie, en nuestra presencia,
fué, la cogió, y... le dió un beso.

LUISA. ¿Y es eso todo?

ANTERO. ¡Demonio!

¿quiere usted más?

LUISA. ¡Cómo es eso!

¿Que si quiero más de un...?

¿Qué ha dicho usted?

ANTERO. No comprendo,
lo que usted habrá entendido.

Quise decir, que si eso
de besar á una criada,
le parece poco... Tengo
esta maldita costumbre
de turbarme, cuando encuentro
á una dama, como usted,
hermosa... buena...

LUISA. (Con coquetería.) Confieso
que había entendido mal.

ANTERO. (No cabe duda, la pesco.)

LUISA. Pues, nada, dígame usted
al director del colegio,
que me mande á mi sobrino
cuanto antes, que le espero.

ANTERO. Siendo así, le diré á usted,
que su sobrino Roberto,
quedó á la puerta en un coche
esperando que...

LUISA. Al momento
baje, y dígame que suba.
Estoy deseando verlo,
para reñirle furiosa,
y darle un abrazo luego.

ANTERO. Bien. Si usted me lo permite,
volveré por aquí, dentro
de media hora, á traer
el equipaje, y con esto,
de nuevo tendré la dicha
de verla.

LUISA. (¡Qué escucho, cielos!)

Bien: haga usted lo que quiera.

ANTERO. ¡Ah!... si hiciera lo que quiero,
le diría...

LUISA. ¿Qué diría?

ANTERO. Que usted... y yo... No me atrevo
á decir...

- LUISA. ¡Atrévase!
- ANTERO. Es inútil; hoy no puedo.
Quizás después... cuando vuelva...
- LUISA. ¡Ay, pues que vuelva usted presto!
- ANTERO. Pronto vendré. Adiós, señora.
Hasta después. (Si la pesco...
¡qué vida me voy á dar!)
- LUISA. Dígale usted á Roberto
que suba aquí.
- ANTERO. Está muy bien.
Hasta después. (Mutis por el foro.)
- LUISA. Hasta luego.

ESCENA IV

DOÑA LUISA

¿Me engañaré, Dios clemente?
¿Le habré robado la calma?
¿Habrá encontrado mi alma
lo que aguardó inútilmente?
En sus palabras, dejaba
adivinar su deseo...
¡No, no me engaño, ya creo
que encontré lo que buscaba!
Y al suponerlo, me fundo,
en que le causé sonrojos,
y... ¡ay, Dios! ¡me echaba unos ojos
de carnero moribundo!...

ESCENA V

DOÑA LUISA; ROBERTO, por el foro

- ROB. Muy buenos días. (La riña
será de las de primera.)
- LUISA. Entre usted.
- ROB. (Me habla de usted.
Lo dicho, la cosa es seria.)
- LUISA. Ya creo que usted sabrá,
que del colegio lo echan.
- ROB. ¿Que me echan?
- LUISA. Sí señor.

- ROB. No señora. ¡Buena es esa!
¡Qué han de echarme! Lo que pasa
es que el director, desea
ahorrarse mi pupilaje...
- LUISA. No tenga usted mala lengua,
ni trate de disculpar
su conducta, calavera.
Me han contado lo del beso
que le dió á la cocinera.
- ROB. Eso es falso.
- LUISA. ¿Cómo?
- ROB. Sí.
Yo no he besado á Ruperta.
- LUISA. Si me ha dicho el inspector
que has besado...
- ROB. A la doncella.
- LUISA. ¡Es igual!
- ROB. No; qué ha de ser.
¡Pues no hay poca diferencia!
El besar á una mujer,
es una acción mala ó buena.
Si el beso se da á una hermosa,
es digno de recompensa;
¡pero es un pecado horrible,
cuando se le da á una fea!
- LUISA. (Si no me voy, concluyo
por reir sus ocurrencias.)
¡Ya sé lo que debo hacer!
- ROB. Pues cosa fácil es esa.
Dejar que le dé un abrazo,
y acabar la reprimenda.
(Va á abrazarla.)
Se terminó el incidente.
- LUISA. ¡Quita! ¡Quita, calavera!
¡No se me pasa tan pronto!
¡Ya te ajustaré las cuentas!
(Mutis por la izquierda.)
- ROB. ¡Y se fué!... Nada, lo dicho;
la cosa se ha puesto seria.
-

ESCENA VI

ROBERTO

M U S I C A

Se enfadó mi tía...
¿por qué se enfadó?
Para hacer tal cosa,
no tiene razón.

Me gustan las mujeres
más de lo justo;
y aun cuando me critiquen,
me alabo el gusto.
Porque si hay seres
dignos de ser queridos,
son las mujeres.

Me enamoran las morenas,
por tener el pelo negro,
y las rubias, por ser rubias,
y las trigueñas, por serlo.
Por las gruesas, me desvivo;
por las delgadas, me muero;
las altas, me vuelven loco;
las bajas, me ponen lelo.
Ojos grandes y rasgados,
me inspiran fuertes deseos,
y me quitan el sentido,
unos ojillos pequeños.
Son las solteras mi encanto;
y las viudas mi embeleso;
las casadas son mi gloria;
los maridos son mi infierno.

Y en conclusión;
para reñirme,
nunca hay razón.
Pues quiero á las mujeres
más de lo justo,
y aun cuando me critiquen...
¡me alabo el gusto!

HABLADO

No pudiera evitarlo aunque quisiera:
una cara hechicera,
me pone de entusiasmo medio loco.
En la calle, hace poco,
me encontré una mujer... ¡Vaya un palmito!
El cuerpo más bonito
que ha tenido en el mundo personita
desde el abuelo Adan, hasta el *Guerrita*.
Me acerqué con anhelo
lleno ya de pasión,
y logré que en el fleco del pañuelo,
se enganchase... un botón.
Y al pararse mujer tan hechicera,
conversamos los dos, de esta manera:

(El siguiente diálogo, debe decirse imitando las voces
de un chulo y una flamenca.)

—Aspérese usted un poco, angel der cielo,
y suspenda ese vuelo,
que con el fleco de la manteleta
ma cogido un botón de la chaqueta,
y con esos dos ojos tan gachones,
que arrebatando van los corazones,
me roba usted la calma y la alegría.
—Pues, hijo, siento mucho la cogía.
Ya está suelto el botón.

—¿Y yo, alma mía?

No me mire usted así, cuerpo bonito,
ó en esta misma calle, ahora mesmito,
me caigo más redondo que una bola.

—Vaya, déjeme usted, que aunque voy sola,
no se burla de mí ningún maleta.

¡Tiene usted, para mí... poca coleta!

—¿Poca coleta mangué? ¡Criatura!

—Y bastante asaura.

—Escúcheme usted prenda;

cuando á un hombre de gracia y de trastienda,
se le saca un kilómetro de geta
y se insulta, llamándole maleta,
el hombre, si es un hombre de los buenos,

le da dos manguzás, ó más, ó...—¡Menos!
Y marchó la muchacha calle abajo,
y quedé cabizbajo,
porque si en vez de ¡menos! dice ¡más!
la cojo, y ¡por San Blas!
me la llevo á un lugar muy reservado,
y al verme allí apartado
de curiosas miradas indiscretas,
me gasto en una juerga... ¡dos pesetas!

ESCENA VII

ROBERTO; RITA, por el foro.

RITA. ¿Se puede?

ROB. ¡Adelante!

¡Olé las doncellas!

RITA. ¿Qué miro? ¡Roberto!

ROB. El mismo soy, prenda.

RITA. ¿Sabe Mariquita...?

ROB. Quizás no lo sepa.

RITA. Voy corriendo á darle
la grata sorpresa. (Medio mutis.)

ROB. Espérate un poco,
escucha, y contesta.
Me ha escrito una carta
mi prima, y en ella
dice que la tía
ó sabe, ó sospecha
nuestras relaciones.

RITA. ¡Las sabe!

ROB. ¿Era cierta
la fatal noticia?
¡Pues la hicimos buena!

RITA. Su tía se puso...

ROB. Lo sé; hecha una fiera.
Mas, nada me importa,
ni nada me arredra.
Yo adoro á mi prima
con loca vehemencia,
y si ella me quiere,
me caso con ella.

- RITA. Pero si la tía...
- ROB. Es cosa resuelta.
- RITA. Pero si su tía
consiente.
- ROB. ¿De veras?
- RITA. ¡Como usted lo oye!
- ROB. ¿Es posible? Cuenta.
Vamos, pronto, acaba,
díme lo que sepas.
¿Por qué estás callada?
¡Demonio! ¿En qué piensas?
¿Te has quedado muda?
¡Vamos! ¡Me impacientas!
¡Habla!
- RITA. ¿Y cómo hablo,
si usted no me deja?
- ROB. ¿Que yo no te dejo?
¡Vaya una ocurrencia!
¡Si yo no hablo nada!
¡Si yo...!
- RITA. ¡Una friolera!
- ROB. Pues, callo, y sepamos
lo que tía piensa.
- RITA. Pues esta mañana,
estando en la mesa,
tuvo Mariquita
la gran ocurrencia.
- ROB. ¿Y fué...?
- RITA. La de hablarle,
con toda franqueza.
- ROB. ¿Y tía...?
- RITA. Primero,
se quedó muy seria.
- ROB. ¿Y luego?
- RITA. Pues, luego,
se puso más tierna,
y la señorita,
que es muy zalamera,
con dulces palabras...
- ROB. ¿Logró convencerla?
- RITA. No tanto. Mas dijo
su tía...

ROB. ¡Me inquietas!
RITA. Pues dijo un ¡veremos!
 con mucha elocuencia.
ROB. ¡Si yo lo decía,
 mi tía es muy buena!
 ¡Ay, Rita del alma,
 mi dicha es completa!
 ¡Tú eres la criada
 más lista y más bella...! (La abraza.)
RITA. Pero, señorito,
 ¿qué hace usted?...
ROB. Dispensa.
 No sé lo que hago;
 la dicha me ciega. (Sale doña Luisa.)
 ¡Ay, Rita, te debo
 gratitud inmensa! (Le da un beso.)

ESCENA VIII

DICHOS; DOÑA LUISA, por la izquierda.

LUISA. ¡Jesús, María y José!
ROB. (¡Mi tía! ¡Me divertí!)
LUISA. ¿Qué es lo que ha pasado aquí?
ROB. Poca cosa; ya vió usted.
RITA. Me cogió desprevenida,
 y yo... ¿qué había de hacer?
LUISA. ¡Sal, que no te vuelva á ver!
RITA. Pero, señora...
LUISA. ¡En mi vida!
ROB. Yo... tía... la verdad,
 estaba alegre...
LUISA. ¡Bribón!
 ¿Y le diste un achuchón?
RITA. (¿Es envidia ó caridad?)
LUISA. ¡Te he dicho que salgas! (A Rita.)
RITA. Sí;
 ya me marcho, sí, señora.
LUISA. ¿Qué murmuras, habladora?
RITA. ¿Yo? Nada.
LUISA. ¡Vete de aquí! (Mutis Rita.)
 ¡Darle un beso á una criada!

- ¡En mi casa, tal exceso!...
- ROB. Pero, tiita, si un beso,
no supone casi nada!
- LUISA. ¿Que no supone?
- ROB. ¡No á fe!
- LUISA. ¡Para tí, so calavera!
- ROB. ¡Ya hablára de otra manera
si la besaran á usted!
- LUISA. ¿A mí? ¿Pero estás demente?
¿Quién se había de atrever...?
- ROB. (Verdad, tenía que ser
quien la besara, un valiente.)
- LUISA. ¿Quién diría que un sobrino
á quien educó esta tía,
del colegio volvería
hecho todo un libertino?
- ROB. ¿Libertino? ¡Es un ultraje!
- LUISA. Tu conducta escandalosa...
- ROB. ¿Por un beso? ¡A poca cosa
llama usted libertinaje!
- LUISA. ¡Y María que quería
que con ella te casara!...
- ROB. Ya ve que estoy apto para
casarme con mi María.
- LUISA. ¿Tú llevártela? ¡Un demonio!
¡Si me parece mentira!...
- ROB. Pues mire usted, que me tira;
que me tira el matrimonio.
- LUISA. Para hacerla desgraciada
es lo bastante.
- ROB. ¡Sí, eh?
Y diga tía, ¿por qué?
¿Porque beso á la criada?
Ni un casado he visto yo
ageno á tales pecados.
Ahí habrá muchos casados; (En el público.)
¿á que no dicen que no? (Pausa.)
¿Lo ve usted? ninguno chista.
Si se encuentra una persona
en casa, tan remonona,
¿quién no intenta su conquista?
- LUISA. Disculpa no encontrarás

á tu indigno proceder.
ROB. ¿Pero, será mi mujer
María?

LUISA. ¡Jamás! ¡jamás! (Mutis por la izquierda.)

ESCENA IX

ROBERTO

Pues señor, perfectamente;
no me caso por un beso,
y yo creo, que no es eso
un motivo suficiente.
¡Y pensar que tal bobada
mi matrimonio ha deshecho!... (Pausa.)
¿Quién, en su vida, no ha hecho
el amor á una criada? (Dirigiéndose al público.)
¿Usted? ¡Cállese, inocente!
Si usted de la raya pasa,
porque deja á la de casa,
y enamora á la de enfrente.
Meditemos, que desbarro. (Pausa.)
Si no llegase á ceder
mi tía, ¿qué debo hacer?
Esto merece un cigarro. (Lo saca.)
Que nosotros nos casamos,
no tiene vuelta de hoja;
y si mi tía se enoja...
meditemos, y... encendamos.
(Enciende el cigarro.)
Viendo á María casada,
yo creo que cederá.
¿Y si no cediese...? ¡Bah!
daremos una chupada. (Acción.)
Pues si al fin no cede, y vemos
que el enojo no se pasa,
con mi mujer pongo casa,
y allí sólo... chuparemos. (Acción.)
De esta manera, en conciencia,
todo se puede arreglar,
y... basta, que va á acabar,
el cigarro, y la paciencia.

ESCENA X

ROBERTO; MARIA, por la derecha.

MARIA. ¡Roberto!

ROB. ¡Prima del alma!

MARIA. ¡Pero eres tú?

ROB. ¡Así lo creo!

MARIA. ¿Cómo has venido?

ROB. Muy mal;

¡en un simón pesetero!

Y apenas llegué, la tía

me riñó mucho.

MARIA. Lo siento.

ROB. Pues yo no, porque mis penas
se acaban cuando te veo.

¿Me quieres?

MARIA. Más que á mi vida.

ROB. ¡Mi bien!

MARIA. ¡Mi dicha!

ROB. ¡Mi cielo!

¿Quién me quiere?

MARIA. Tu María.

ROB. ¿Quién te quiere?

MARIA. Mi Roberto.

ROB. Siendo así, ¿por qué no dejas,
bien mío, que te dé un beso?

MARIA. ¡Eso nunca!

ROB. ¿Por qué? ¿Temes
que la tía llegue á saberlo?

MARIA. Pero...

ROB. ¿Qué, el cura te ha dicho
que puedes ir al infierno?

Vaya, no seas tan tonta;

ese cura, será un viejo

incapaz de comprender

lo mucho que vale un beso

de labios tan purpurinos,

y tan dulces, y tan frescos.

¿Te ríes y no comprendes

lo grande de mi deseo?

MARIA. Pero si yo...

ROB. ¿Que te explique
lo que significa?

MARIA. Pero...

ROB. Pues te voy á complacer
primita, en este momento.
Cuando dos se quieren tanto...
tanto como á tí te quiero,
y se encuentran sin testigos
como tú y yo, por ejemplo;
cuando sus rostros se hallan
tan cerca como los nuestros,
y á él le abrasa, como á mí,
de ella el perfumado aliento;
cuando se asoma á sus ojos
de amor el inmenso fuego,
entonces... ¡se unen sus labios,
y brota amoroso el beso!

MARIA. Si sigues hablando así,
Roberto mío, te deajo.

ROB. ¿Te enfadas porque no he dicho
lo que se siente? Confieso
que mis palabras no dan
ni una pobre idea de ello.
Pero si tú, prima, sientes
curiosidad por saberlo,
deja que á tus frescos labios,
lleguen mis labios de fuego,
y al momento podrás ver
tu capricho satisfecho.

¿Te has decidido, por fin,
á saber lo que es un beso?

¡Es... la cosa más sencilla!

¡Es tan solamente...! (La besa.)

MARIA. ¡Ay!

ROB. ¡Eso!

MARIA. ¡Déjame ya! ¡Qué atrevido!

¡Tía!

ROB. Primita, silencio.

¿Vas á decir á la tía
que te expliqué el *argumento*?

Pues por eso no te apures,

- que yo soy un buen maestro,
y te he de enterar de todo,
dentro de muy poco tiempo.
- MARIA. (La verdad es, que se explica
muy bien, y con mucho fuego.)
- ROB. ¿En qué piensas, Mariquita
del alma mía?
- MARIA. Pues pienso,
en que falta á tu discurso
la frase final.
- ROB. ¡Es cierto!
Falta el *¡he dicho!* y ahí va.
(La vuelve á besar, en el momento que sale doña
Luisa.)
- MARIA. (¡Jesús, que *¡hé dicho!* más bueno!)

ESCENA XI

DICHOS; DOÑA LUISA, por la izquierda.

- LUISA. ¡Ya no aguanto mi furor!
- MARIA. ¡Ay! (Mutis por la derecha.)
- LUISA. ¡No puedo tolerar...!
- ROB. (¡Bah, mi tía ha de llegar
cuando estoy en lo mejor!)
- LUISA. Siéntate.
- ROB. (Sentándose.) (Me va á reñir.)
- LUISA. ¿Puedo yo, por fin, saber
qué es lo que quieres hacer,
y qué intentas conseguir?
- ROB. Se lo diré, y no me arguya.
Casarme con mi María.
¡Y me caso; no hay *tu tía!* (Con resolución.)
- LUISA. Sí, pero habrá *tía tuya.*
- ROB. ¡Usted tiene buena pasta!
¡No se opondrá!
- LUISA. ¡Me opondré!
- ROB. Si no cuento con usted,
cuento ya con ella, y basta.
- LUISA. ¡Qué ha de bastar, inocente!
Y de todos modos, eso
no disculpa lo del beso.

ROB. Verdad; eso es diferente.
Cree usted que en mí hay maldad,
y que reprensión merezco,
porque ignora que padezco
una grave enfermedad.

LUISA. ¿Una enfermedad?

ROB. Sí, á fe;
y muy grave, sí señora.

LUISA. Como no me has dicho...

ROB. Ahora
voy á decírselo á usted.

M U S I C A

Como veo que mi prima es hermosa,
y sencilla, modesta y graciosa,
si la miro, mi dicha es completa,
y al hablarla, se acaban mis penas.

Y al hablar
y elogiar
su cuerpo airoso,
siento yo
de besar
deseo impetuoso.

Y al hablar
y elogiar
su gracia y atractivo,
siento yo
de besar
un deseo muy vivo.

¡Vean ustedes si estaré yo malo!
Sin poderlo nunca remediar,
al que elogia á mi prima querida,
yo por fuerza tengo que besar.

H A B L A D O

LUISA. Niño, me dejas pasmada.

¿Hablas con formalidad?

ROB. ¡Vaya! es una enfermedad

- que tengo muy arraigada.
LUISA. (¿Será cierto?)
ROB. Pues por eso
el director se enfadó.
Mas la criada me habló
de María, y... le dí un beso.
No lo puedo remediar;
es un ataque tan fuerte,
que... puede darme la muerte,
si no me dejan besar.
Del colegio, vine aquí;
me habló Rita de su empaque;
me volvió á dar el ataque,
y... la besé.
- LUISA. ¡Ya lo ví!
Pues María, no hablaría
de ella misma.
- ROB. Es la verdad;
pero me juró lealtad,
y... la besé.
- LUISA. ¡Ave María!
Procura cortar el mal,
porque temo...
- ROB. Lo confieso;
como me hable de ella, beso
á un guardia municipal.
- LUISA. ¡Jesús, María y José!
¡Hijo! ¿tan fuerte te da?
- ROB. ¡Si es una *barbaridá!*
- LUISA. ¡Jesús!
- ROB. ¡Crámelo usté!
- LUISA. Si fueses formal...
- ROB. ¿Qué haría?
- LUISA. Puede que me decidiese
á casaros.
- ROB. ¡Si eso hiciese...!
¡Ay, queridísima tía!
Yo le prometo...
- LUISA. El casarte,
me parece peligroso;
pero, en fin, si siendo esposo
tú llegaras á curarte

de esa enfermedad tan rara...
ROB. ¡Ay, tía del alma mía!
¡Es usted... la mejor tía
que yo me he echado á la cara!

ESCENA XII

DICHOS; RITA, por el foro.

RITA. ¡Señorita!...
LUISA. ¿Qué te ocurre?
RITA. El inspector del colegio
que antes estuvo, pretende
volver á verla de nuevo.
LUISA. ¿Por qué le has hecho esperar?
¡Dile que pase!
RITA. Al momento.
Pero como no sabía...
LUISA. Calla, y haz lo que te ordeno.
RITA. Voy al punto. (Mutis por el foro.)
ROB. ¿Qué traerá?
Me alarma el tal don Antero.
LUISA. No te asustes, porque ahora
viene á hablar de asuntos nuestros,
¡particulares!
ROB. ¡Respiro!
LUISA. Mientras, vete por ahí dentro,
y dile á la Mariquita
que hemos hablado.
ROB. Comprendo.
¿Le digo que nos casamos?
LUISA. Eso es demasiado, pero
dile que quizás muy pronto,
os daré un alegrón.
ROB. Bueno;
eso le diré, tía.
(Roberto hace mutis por la derecha.)
LUISA. Anda con Dios, tunantuelo.

ESCENA XIII

DOÑA LUISA

¡Va á venir! ¿Qué pasará?
¡Me hace temblar la emoción!
¿Confesará su pasión?
¡Ay, Dios! ¿Se declarará? (Pausa.)
¡No sé; pero puede ser
que me quiera... Y es buen mozo.
¡Con qué placer, con qué gozo
sería yo su mujer!
¡Pero se acerca, y no es cosa
de que así me encuentre! Iré
á componerme, porque
quiero parecerle hermosa.
(Mutis por la izquierda.)

ESCENA XIV

ANTERO; RITA, por el foro.

RITA. Espere aquí.
ANTERO. Esperaré.
RITA. (Cogiendo algunos platos que habrá sobre la mesa.)
Me llevaré esto de aquí.
ANTERO. Mira, no, déjalo ahí,
con eso me entretendré.
RITA. Bueno.
ANTERO. Mientras tu señora
á hablar conmigo aquí viene,
me entretengo.
RITA. (El tío, tiene
un hambre devoradora.)
ANTERO. (Comiendo precipitadamente.)
¡Buen salchichón! ¡Exquisito!
¡Pero bueno de verdad!
¡Esto calma la ansiedad!
RITA. Sí, señor, (y el apetito.)
ANTERO. No hay boca para alabarlo.
RITA. Pero sí para comerlo.
ANTERO. ¡Se abre el apetito al verlo!

RITA. Y se cierra al devorarlo.

ANTERO. Estoy pasando un buen rato.
¿Tú, quieres?

RITA. No.

ANTERO. ¡Pues mejor!

RITA. Yo me marchó. (Este señor
se va á comer hasta el plato.)
(Rita hace mutis por el foro.)

ESCENA XV

ANTERO

Soy un perdido, soy un danzante
á quien el hambre va á fastidiar;
mas tengo un tipo, tan elegante,
que amor inmenso puedo inspirar.
Aquí me cuelo muy decidido,
pues vengo en busca del corazón
de doña Luisa. Yo estoy perdido,
y ella es mi tabla de salvación.
No se me oculta, que es algo vieja,
mas, si cual dicen, tiene *parné*,
hago que escuche mi amante queja,
y así á mis penas, un fin pondré.
Lo más difícil, en este asunto,
es convencerla de mi querer;
y esto, yo espero, lograrlo al punto,
porque á la postre, ella es mujer.
Por esto espero salir triunfante
y ver calmado mi frenesí;
si al fin ablando su pecho amante,
no cabe duda, llegué y vencí.
Soy un danzante, soy un perdido
á quien el hambre va á fastidiar;
mas si consigo ser su marido...
¡me voy á armar!

ESCENA XVI

ANTERO; DOÑA LUISA, por la izquierda, algo más
adornada que cuando hizo mutis.

LUISA. Tardé mucho, ¿no es verdad?

ANTERO. No, señora.

LUISA. Quien espera...

ANTERO. Es cierto; se desespera cuando espera á una beldad.

LUISA. ¡Gracias! (¡Qué galantería!)

ANTERO. (Ya empiezo á disparatar.)

LUISA. Pues, sí... (Se va á declarar.) (Pausa.)

ANTERO. ¿Cómo dijo usted?

LUISA. Decía... (Pausa.)

¿Cómo me encuentra?

ANTERO. No es vil adulación...

LUISA. (¡Qué bochorno!)

ANTERO. Mas con ese nuevo adorno...

(parece un guardia civil.)

¡Está usted encantadora!

LUISA. Eso, á adulación lo tomo.

ANTERO. ¿Va usted á dar los cuartos?

LUISA. ¿Cómo?

ANTERO. Digo, no; va á dar la hora.

(Por poco no me propaso.)

Si yo encuentro una mujer como usted...

LUISA. ¿Qué va usted á hacer?

ANTERO. Pues, muy sencillo: me caso.

LUISA. ¿Que se casa? ¡qué locura!

¿Con una vieja?

ANTERO. No, á fe.

¿Usted vieja? ¡Si es usted un portento de hermosura!

LUISA. ¡Jesús!

ANTERO. ¿No la causo enojos?

LUISA. ¿Y por qué me ha de causar...?

ANTERO. Porque me voy á abrasar con el fuego de sus ojos.

Y si mi amoroso ardor con sus miradas inflama...

LUISA. (¡Ay, Virgen Santa, me ama!)

ANTERO. Voy á confesar mi amor.

LUISA. ¿Usted ama?

(Acerca su silla á la de Antero, y éste la retira.)

ANTERO. ¡Con delirio!

LUISA. ¿Le corresponden? (El mismo juego.)

ANTERO. ¡No sé!

LUISA. ¿Le ha dicho...? (El mismo juego.)

ANTERO. ¡Se lo diré,
que así acaba mi martirio!
Más tiempo no he de callar
el nombre de mi tesoro. (Transición.)
¡Doña Luisa, yo... la adoro
sin poderlo remediar!
¡Ya no hay temor que me venza:
mis palabras amorosas...!

LUISA. No me diga usted esas cosas,
que me da mucha vergüenza.

ANTERO. ¡No es posible!

LUISA. ¿Por qué no?

ANTERO. Porque no la tiene usted.

LUISA. ¿Cómo ha dicho? ¿Cómo? ¿Qué?
¿No tengo vergüenza yo?

ANTERO. Vergüenza... para estas cosas;
pues siendo tan... resalada,
estará usted acostumbrada
á las frases amorosas.

LUISA. Creí...

ANTERO. (¡Me chupo la breva!)
Alguno, al ver su hermosura...

LUISA. ¡Soy tan inocente y pura
como nuestra madre Eva!

ANTERO. Pues bien, inocente *Adana*,
digo, Eva, ¿qué digo? Luisa,
yo la amo á usted.

LUISA. ¡Qué de prisa
marcha usted!

ANTERO. Es que la llama
de amor mi pecho devora.
Vivir así, no es vivir;
yo no puedo resistir...
(mi apetito.) No, señora.

LUISA. Yo... me encuentro emocionada,
y no sé qué contestar.

ANTERO. ¿Es que quiere consultar
la boda con la almohada?
Eso es antiguo.

- LUISA. No sé
qué decir.
- ANTERO. ¿Cómo que no?
¡Vida ó muerte!
- LUISA. Bien; pues yo...
- ANTERO. ¿Qué?
- LUISA. ¡Que también lo amo á usted!
- ANTERO. ¡Ah!... ¿qué ha dicho?
- LUISA. ¿Lo repito?
- ANTERO. No, que me desmayaría.
- LUISA. ¿Por qué?
- ANTERO. Porque en todo el día
sólo tomé un huevo frito.
- LUISA. Antero, usted disparata.
- ANTERO. Quise decir... La emoción
me trastorna la razón.
(Por poco meto la pata.)
Pero, qué, ¿es verdad todo eso?
¿nos casaremos los dos?
- LUISA. ¡Antero, calle por Dios,
que me está rebosando el seso!
- ANTERO. ¿El seso?
- LUISA. Sí, don Antero,
todo el seso me robó.
- ANTERO. (¿Para qué lo quiero yo?
Lo que busco es su dinero.)
- LUISA. Sí; mi vista se recrea
contemplándote, bien mío:
mándame tú á tu albedrío.
- ANTERO. (¡Canario, ya me tutea!)
- LUISA. No encontrarás un pretexto
para reñir. ¡Ni una queja!
- ANTERO. (¡Caracoles con la vieja,
qué romántica se ha puesto!)
- LUISA. Viviremos, vida mía,
como tórtolos amantes,
cariñosos, anhelantes...
- ANTERO. Y piando, pía, pía.
- LUISA. Si me riñes, te sonrío;
y como mi risa hechiza...
- ANTERO. ¿Sí? (Te pego una paliza
de padre y muy señor mío.)

LUISA. ¡Ah!... nuestra casa ha de ser
un dulce nido de amor:
y tú no serás traidor,
no olvidarás tu deber.

¡No, Antero mío; lo imploro
de tu hidalga compasión:
ó arráncame el corazón,
ó ámame, porque te adoro!

ANTERO. (¡Se fué al *Tenorio!*) Pues ya,
sellemos tan dulce lazo.

LUISA. Es verdad: toma un abrazo.

(Se abrazan, en el momento en que aparecen Roberto
y María.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; ROBERTO y MARÍA, por la derecha.

ROB. ¡Vaya un cuadro! ¡Já, já, já!
¡Muy buen provecho!

MARIA. ¡Da risa!

LUISA. (¡Vaya una oportunidad!)

ROB. ¿Padece mi enfermedad
usted también, tiita Luisa?

LUISA. (Muy irritada.) ¿Qué has venido aquí á buscar?
¿Qué tienes aquí que hacer?

ROB. (Por María.) Que ésta no quiere creer
que usted nos deja casar.

LUISA. (Más amable.) Sí, sí, casaros importa.

MARIA. ¿De veras?

LUISA. Me he convencido
de que será tu marido
á la larga ó á la corta.
Y puesto que yo me caso,
quiero casaros también.

ROB. ¿Que usted se casa? ¿Con quién?

ANTERO. Pues conmigo.

ROB. ¡Vaya un paso!
¡Adiós, Cid! ¡Nunca creí (A Antero.)
que fuera usted tan valiente!

LUISA. Casarse, es cosa corriente.

MARIA. ¿Para usted?

- LUISA. Sí, para mí.
(Con mucha coquetería, mirando á Antero.)
No sé qué de extraño tenga;
ví que os íbais á casar,
y yo he querido buscar
quien me ame y me mantenga.
- ANTERO. ¿Yo mantenerte?
- LUISA. Es razón.
- ROB. Y no es cosa extraordinaria.
- ANTERO. Pero, ¿no eres millonaria?
- LUISA. ¡Qué he de serlo!
- ANTERO. ¡Maldición!
- LUISA. Las haciendas y recreos,
de éstos son; mas son menores...
- ANTERO. *Pasad, siniestros vapores,
pasad, y desvanecéos.*
- LUISA. ¡Ay, adivinó mi mal!
- ANTERO. ¡Santo Dios!
- ROB. ¿De qué se queja?
- ANTERO. ¡Enamorar á una vieja
que no tiene ni un real!
(Con rapidez.) ¡Hasta el verano! (Medio mutis.)
- ROB. (Deteniéndolo.) ¡Qué idea!
¿Dónde se va usted á marchar?
- ANTERO. *¡Al templo, ó al lupanar,
donde tal monstruo no vea!*
- LUISA. *¿Conque te vas y me dejas,
y decías que me amabas?*
- MARIA. ¡Pobre tía!
- LUISA. (Muy irritada.) ¡Me engañabas...
te arrancaré las orejas!
(Se dirige furiosa á Antero.)
- ANTERO. ¡Demonio!
- ROB. (Deteniendo á Luisa.) ¡Cálmese, tía!
- MARIA. ¡Cálmate: no ha de faltar
uno que quiera marchar
contigo á la Vicaría!
- ANTERO. (¡Cualquiera lo encuentra!)
- LUISA. ¿Sí?
¿Será fácil?
- ROB. ¡Ya se ve!
- ANTERO. ¡Como no sea un héroe...!

LUISA. ¿Eh?

¿Todavía está usted ahí?

MARIA. Será, quizás, porque piensa...

ROB. Y nosotros, ¿nos casamos?

LUISA. Esta misma tarde, vamos
á pedir vuestra dispensa.

ROB. Yo mismo la pediré,
si por ello no se enfada.

(Al público.)

Si me dais una palmada,
muy pronto me casaré.

No sé por qué, me parece
que me haréis ese favor...

¿No lo merece el autor?

¡Pues el chico lo merece!

(Música en la orquesta. Telón.)

FIN DEL JUGUETE

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.